

Juan Bautista: humildad y penitencia¹

1. Hoy se nos propone en el Evangelio de la misa el comienzo de la versión de san Marcos. Aquí, a diferencia de los otros sinópticos (Mateo y Lucas) no se nos narra la infancia del Señor. Se presenta a Jesús, desde el versículo inicial, como un hombre en plenitud y, a la vez, como Mesías e Hijo de Dios. Luego, sin más preámbulo, se nos invita a observar con atención el mensaje de Juan Bautista, el último de los profetas del Antiguo Testamento y el primero de los testigos de Cristo.

Juan es, con el profeta Isaías y con la Virgen Santísima, un referente obligado en el tiempo litúrgico de Adviento: *Apareció en el desierto Juan el Bautista predicando un bautismo de conversión, para el perdón de los pecados²*. Con estas palabras Marcos nos ubica en la gran misión confiada por la Providencia al primo y precursor del Señor. Su tarea es suscitar en el pueblo la conversión de los pecadores para que puedan recibir el mensaje de Jesús.

Y, acto seguido, se nos ofrecen algunas pinceladas de su modo de vida que explican el enorme impacto que su palabra producía en el pueblo: vestía muy pobre y ásperamente (con pelo de camello), comía con mucha sobriedad (insectos y el jugo de algunas hierbas) y, sobre todo, era profundamente humilde (no se consideraba digno de desatarle a Jesús la correa a sus sandalias). Este último rasgo lo confirma el Evangelio de san Juan con otra aguda expresión dirigida por el Bautista a sus discípulos: *es necesario que él (Jesús) crezca y que yo disminuya³*.

Con esa recia y atractiva personalidad, se comprende que su palabra fuera como un fuego que hacía arder las almas de sus oyentes y que suscitara fuertes reacciones de arrepentimiento y conversión. Lo buscaban y consultaban todo tipo de personas: Escribas y fariseos, soldados y funcionarios públicos, ricos y pobres, hombres y mujeres... Y todos le preguntaban: *¿qué tenemos que hacer?⁴*.

2. La respuesta era siempre la misma: apartarse del pecado, cambiar de vida y recibir su bautismo. Un bautismo, explica Benedicto XVI, *vinculado a un llamamiento ardiente a una nueva forma de pensar y de actuar⁵*. Un mensaje que la Iglesia no deja de recordar año tras año, también en estas breves e intensas semanas del tiempo de Adviento. Con la importante modalidad de que, para nosotros, después del bautismo cristiano, el arrepentimiento y la penitencia se expresan mejor que nada acudiendo al sacramento de la confesión, verdadera *segunda tabla de salvación* después del naufragio causado por el pecado (Tertuliano)⁶. Por tanto, una buena recomendación para estos días sería hacer, con la mejor preparación posible, una buena confesión.

¹ Domingo II de Adviento, ciclo B.

² Evangelio: *Marcos* 1, 4.

³ *Juan* 3, 30.

⁴ *Lucas* 3, 10

⁵ BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, I, p. 36.

⁶ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1446.

Pero pedir perdón de las propias faltas con verdadera contrición y propósito de enmienda nunca ha sido fácil. En una de sus poquísimas alocuciones, el venerable Juan Pablo I, ilustraba ese drama interior que pasa todo converso –todos somos de alguna manera conversos- con el ejemplo paradigmático de san Agustín. “En las últimas semanas fue algo terrible; al leerlo se siente cómo su alma casi se estremece y se retuerce en luchas interiores. De un lado está Dios que lo llama e insiste; y del otro, las antiguas costumbres, *sus viejas amigas* –como escribe él mismo- *que me tiraban suavemente del vestido de mi carne y me decían: ‘Agustín, pero ¿cómo?, ¿abandonarnos tú? Mira que ya no podrás hacer esto ni aquello y, además, ¡para siempre!’*. ¡Qué difícil! *Me encontraba* –sigue diciéndonos en sus Confesiones- *en la situación de uno que está en la cama por la mañana. –Le dicen: ‘¡Fuera!, ¡fuera!, levántate Agustín’. Y yo decía: ‘Sí, pero más tarde, un poco más todavía’. Al fin el Señor me dio un buen empujón y salí. Ahí está la clave, concluye el Papa Luciani: No hay que decir: Sí, pero luego. Hay que decir: ¡Señor, sí! ¡Enseguida!’*⁷.

3. La confesión sacramental es un paso importantísimo e imprescindible, pero insuficiente. Porque podría darse (de hecho se da, lamentablemente, no pocas veces) un cierto cinismo, una mala rutina al acudir a la misericordia y la gracia de Dios en la confesión. Lo que se traduce en poco o nulo dolor de los pecados y, por lo mismo, en falta de propósito de enmienda. Algo así como lo que ocurre cuando un mentiroso consuetudinario es sorprendido flagrantemente en una mentira y se zafa con alegre ligereza de su responsabilidad por medio de unas cuantas palabras, sin que en sus actos muestre la más mínima expresión de cambio. Repite como el joven Agustín antes de su conversión: *sí, pero luego*. Y todo sigue igual.

La verdadera conversión implica una lucha personal, concreta y decidida, por apartar las ocasiones de pecado. En palabras de san Josemaría: ***Es el hilillo sutil –cadena: cadena de hierro forjado-, que tú y yo conocemos, y que no quieres romper, la causa que te aparta del camino y te hace tropezar y aun caer.***⁸ Cada uno tenemos que descubrir en nuestro caso cuál es ese *hilillo sutil*. Puede ser una mala amistad, una serie de televisión, un lugar de reunión, una lectura frívola...

4. Que con la ayuda de la Virgen María en este Adviento no digamos al Señor un *sí, pero luego*. Sino un firme y claro: *¡Señor, sí!* Sí a su amor y no a nuestro egoísmo.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 10 de diciembre de 2017

⁷ VENERABLE JUAN PABLO I, *Alocución* 13-IX-1978.

⁸ SAN JOSEMARÍA, *Camino*, n. 170.